

## RESPONSIBLE FISHING AND RESPONSIBLE ENVIRONMENTALISM

The fact of the matter is that one cannot but warm to the environmentalists. Self-sacrificing, generally well-intentioned men and women, there to remind us that the natural resources are not inexhaustible. These opportune actions have meant that certain environmentalist groups have made off with the main asset to which any institution can aspire: reputation. The dilemma is, then, how to act when firmly convinced that environmentalist groups such as Greenpeace or Océana are getting it wrong and that, as a result of this error, in the short term, economic and social harm can occur, while in the long term, the negative attitude of society will put the brakes on the sustainable development of a source of proteins, the sea, which can be the only hope for the future to feed mankind. So how to stand up for reason and how to find out the truth? The best way will be to resort to credible, prestigious institutions: the scientific bodies that draft studies, such as the recent one on the marine bottoms of Hatton Bank to determine if trawler fishing is harmful (a study which, by the way, was promoted by ANAMER and ANAVAR, representing an important part of the fishing sector affected), or the legal bodies, which can mediate in a conflict such as the one confronting Greenpeace with the trawlers. But, of course, what is the social interpretation of denouncing Greenpeace, no matter which members of this organization have been on board ships on the high seas and have given rise to situations of real risk? Whoever is convinced of acting legally should not, in all fairness, pay attention to these interpretations. And it is in this context where a denouncement of the environmentalists is currently in course, no matter how, in their releases, they attempt to turn the matter head over heels and introduce themselves as Little Red Riding Hood against the Big Bad Wolf. The wolf...?

# Pesca responsable y ecologismo responsable



**Alberto Alonso**  
Director de  
PESCA INTERNACIONAL

**L**a verdad es que uno no puede evitar sentir simpatía por los ecologistas. Hombres y mujeres sacrificados, por lo general bienintencionados, y que están ahí para recordarnos que los recursos naturales no son inagotables. Hombres y mujeres que han acertado muchas veces, que han sido la conciencia de una sociedad en ocasiones exclusivamente centrada en los objetivos de desarrollo y bienestar a corto plazo. Esas actuaciones oportunas han servido para que determinados grupos ecologistas se hayan hecho con el principal activo al que cualquier institución pueda aspirar: la reputación. Para alguien que, además, tiene la capacidad y la habilidad de hacer llegar sus mensajes a mucha gente, la reputación es un bien muy difícil de gestionar. Administrar la reputación con responsabilidad se convierte entonces en un objetivo tan necesario como el de conseguir las metas fundacionales. No hacerlo así lleva a la demagogia y, a medio plazo, a la pérdida de la reputación. Pero, mientras tanto, el daño que se puede hacer es enorme.

El dilema es, entonces, cómo actuar cuando se tiene el firme convencimiento de que grupos ecologistas como Greenpeace u Océana se están equivocando y que, como consecuencia de ese error se puede generar, a corto plazo, un perjuicio económico y social y, a largo plazo, una disposición negativa de la sociedad que frene el desarrollo sostenible de una fuente de proteínas, el mar, que puede ser la única esperanza de futuro para alimentar a la humanidad.

Pero frente a este dilema no sólo se encuentra el sector pesquero, sino también instituciones tan poco sospechosas de atentar contra el medio ambiente como el Gobierno de Canadá, que trata de justificar la necesidad de mantener la tradicional caza de focas para la obtención de pieles, o el de Noruega, que se negó a aceptar la moratoria de la caza de ballenas basándose en la necesidad de mantener una industria local.

En todos los casos, lo que se defiende frente a los ecologistas es una explotación respon-

sable de los recursos. Por lo tanto, se les dice que el reproche no debe hacerse a la actividad, indiscriminada y absolutamente, sino a actuaciones concretas que puedan atentar contra el desarrollo sostenible.

Estos debates, que deben producirse en foros técnicos y profesionales que son los que han de identificar esas actuaciones concretas, son llevados ante la sociedad que, si no dispone de la información y de los conocimientos necesarios para juzgar, se va a basar para emitir una opinión en esa cualidad subjetiva fundamentada en percepciones que llamamos reputación. Y eso lo saben bien ecologistas como los que en España tuvieron que desempeñar el difícil papel de defender al lobo ibérico, en serio peligro de extinción. Entre la oveja y el lobo, todos sabemos quien tiene, de partida, las de ganar en una encuesta; o entre la paloma y el buitre. Por muy buen lobo que sea el lobo y muy buen buitre, el buitre.

Entonces, ¿cómo se defiende la razón o se averigua la verdad? Le mejor forma será la de recurrir a instituciones creíbles y prestigiosas: estamentos científicos que elaboren estudios, como el que recientemente se ha realizado en los fondos marinos del Hatton Bank para determinar si la pesca de arrastre está siendo dañina (un estudio que, por ciento, promovieron ANAMER y ANAVAR, que representan a una parte importante del sector pesquero afectado), o estamentos judiciales, que puedan mediar en un conflicto como el que enfrenta a Greenpeace con los arrastreros. Pero, claro, ¿cómo se interpreta socialmente una denuncia contra Greenpeace, por mucho que miembros de esta organización hayan entrado en los barcos en alta mar y provocado situaciones de riesgo real? Quien está convencido de estar actuando legalmente no debe, en justicia, hacer caso de esas interpretaciones. Y es en este contexto en el que actualmente se tramita la denuncia contra los ecologistas por mucho que éstos, en sus comunicados, traten de dar la vuelta a la tortilla y presentarse como Capucita Roja frente al Lobo Feroz. ¿El lobo...?